

te en la obediencia, esto no quiere decir que tenga que volar á ella como á un banquete, sino antes bien que no debe huir de ella, aunque se vea obligado para ello á luchar con fuerza contra sus repugnancias. Y si de ello debiese resultar un sudor de sangre, como ocurrió con nuestro Salvador, modelo que debemos tener siempre á la vista en nuestra obediencia, sería entonces un sacrificio muy agradable á Dios.

No en vano se ha dicho, pues, que, á los ojos de Dios, supera en valor la obediencia al holocausto antiguo. ⁽¹⁾ En éste, no se hacía más que derramar sobre los peldaños del altar la sangre de un animal que en seguida era quemado. Pero la obediencia no es un sacrificio de víctimas muertas, sino de seres vivientes; no un sacrificio transitorio, sino permanente; no un sacrificio imperfecto, sino el más perfecto de los sacrificios. ⁽²⁾ Por él, el hombre viviente ofrece su sangre á Dios, y se coloca todo entero, con sus acciones exteriores, su voluntad, su inteligencia, su corazón, sus inclinaciones y repulsiones, ⁽³⁾ en ese fuego del amor divino, lento, pero insaciable, que el Salvador trajo á la tierra y que desea ardientemente ver encendido. ⁽⁴⁾ Á la acción de este fuego, desaparecen todas las impurezas, se consume todo lo que es pecado, y la llaga purulenta, eternamente abierta, de donde proviene nuestra enfermedad, el amor propio, queda curada por el autor de la obediencia perfecta, por el Espíritu Santo, el Espíritu del temor de Dios, el Espíritu de la piedad y de la fuerza.

9. La religión más perfecta es aquella que mejor practica la obediencia.—No hay que asombrarse de que los santos, y todos los que han poseído el espíritu de Dios, hayan insistido siempre por modo tan expreso en la necesidad de la obediencia, considerándola como resumen, ó

(1) I Reg., XV, 22. Psalm., XXXIX, 7.

(2) Augustin., *Civ. Dei*, 10, 6. Thomas, 2, 2, q. 186, a. 7.

(3) Gregor. Magn., *Moral.*, 35, 28. Eucher. Lugdun., *In Reg.*, 1, 15. Amulo, *Ep. 2 ad Godescalc.* Smaragdus, *Diadema monach.*, 13. Angelomus, *In Reg.*, 1, 15.

(4) Luc., XII, 49.

por lo menos, como una de las notas más ciertas de los verdaderos esfuerzos para llegar á la virtud.

Esto está completamente de acuerdo con la idea de la religión y de la perfección cristianas.

La religión y el sacrificio son mutuamente inseparables. Sin sacrificio, no hay religión. Los sacrificios son tan imperecederos é indispensables como la religión. Allí donde falta el sacrificio, que es esencia, médula y flor de la religión, allí acaba también ésta. La religión es perfecta en el mismo grado que lo es el sacrificio, porque el sacrificio es el fin de la religión. No existe el sacrificio por la religión, sino la religión por el sacrificio. ⁽¹⁾ Ahora bien, el sacrificio más perfecto es el holocausto, ó sacrificio completo. En éste, el hombre da á Dios, y sólo á Dios, sin procurar su propio provecho, todo lo que posee de más precioso, á fin de restablecer así, con este despojo, en la medida de lo posible, la unión rota entre ellos. ⁽²⁾

En los tiempos antiguos, muy imperfectos, en que toda la religión consistía en cosas exteriores, no podía ignorar el hombre que no era ciertamente la ofrenda de un sacrificio visible, palpable, lo que era capaz de santificarle, sino que lo que debía dar valor al sacrificio era su interior. ⁽³⁾

Ahora bien, cuanto más perfecta y espiritual es una religión, más evidente le hace esta verdad.

De esto no se sigue en manera alguna que haya de suprimirse en una religión más elevada la necesidad de un sacrificio externo, sensible. El hombre es siempre hombre; jamás se convierte en puro espíritu. Mientras sea lo que es, sus prácticas religiosas tomarán siempre forma sensible, del mismo modo que serán expresión de sus ideas espirituales. ⁽⁴⁾ Cuanto más progresa, y cuanto más perfecta sea su vida religiosa, tanto más ambos aspectos deben desarrollarse en

(1) Petr. Venerab., *C. Petroborus* (B. Lugd. XXII, 1058).

(2) Augustin., *Civ. Dei*, 10, 6.

(3) Irenæus, 4, 34.

(4) Thomas, 2, 2, q. 81, a. 7; 84, a. 2; 85, a. 1, 2.

él por modo igual. Tan pronto como uno de los dos quede rezagado, ya por negligencia en el culto externo tributado á Dios con la oración ó con la práctica de la virtud, ya por el predominio dado á lo exterior sobre lo interior, se produce un retroceso.

Por consiguiente, no hay que buscar el grado más perfecto de la religión en el desdén por la Iglesia visible, por el culto sensible tributado á Dios y por la práctica de las obras exteriores de virtud. Por lo contrario, el aumento de la perfección se manifiesta ordinariamente por una intensidad de celo con relación á ellos. Pero el fuego interior debe crecer también en la misma proporción, de suerte tal que la acción y el espíritu estén constantemente en equilibrio, y se perfeccionen juntos en la más íntima unión y en la igualdad más completa.

No es rebajar los sacrificios exteriores, sino antes bien es para ello la mejor recomendación, decir que la religión cristiana no sería la más perfecta, si no insistiese en la medida en que lo hace en el sacrificio de nuestro interior. No, no es una contradicción el que los doctores cristianos asignen al sacrificio del corazón una importancia tal, que con frecuencia se ha creído que no apreciaban en su justo valor los sacrificios exteriores. Sin embargo, no se apartan en manera alguna de la verdad, sino que exigen una acción visible y una alma que la anime.

Por eso dicen que el verdadero sacrificio es el sacrificio interior del espíritu y del corazón. ⁽¹⁾ Sólo cuando el hombre se mortifica en el servicio de Dios, y muere para sí y para el mundo, hace un sacrificio, y el más perfecto de todos los sacrificios. ⁽²⁾ Para que tenga valor, todo otro sacrificio debe ser consumado por el fuego del amor, encendido en nuestro corazón. ⁽³⁾ El hombre sólo es una víctima á los ojos de Dios, cuando se consume en ese fuego del

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 19, 23, 5; 20, 25; *Sermo*, 48, 2.

(2) Augustin., *Civ. Dei*, 10, 6. Radulph. Flaviniac., *In Levit.*, 1, 1. Hugo a S. Victore, *Alleg. in V. T.*, 5, 19.

(3) Augustin., *In Ps.* 137, 2.

amor que arde en el altar del corazón. ⁽¹⁾ En resumen, todo sacrificio exterior, para que sea perfecto, debe ir precedido y acompañado del sacrificio interior del corazón. ⁽²⁾

Ahora bien, para el espíritu, no hay sacrificio más elevado que el que consiste en someterse á Dios por obediencia, para agradarle. La obediencia es el sacrificio que más cuesta al hombre. La obediencia es el sacrificio de lo más precioso que posee. Así, pues, el más elevado, completo é interior sacrificio es la obediencia; por consiguiente, la obediencia practicada por amor á Dios es la acción más sublime que puede producir la religión.

Así, la mejor religión se encuentra allí donde la obediencia es predicada con más insistencia, y practicada del modo más concienzudo.

No decimos que la obediencia es la más perfecta de todas las virtudes. La fe, la esperanza, la caridad, son más perfectas que ella. Pero, entre todas las virtudes, es ella sin contradicción la que mejor manifiesta la espiritualidad de una religión. Porque el sacrificio es la práctica más elevada de la religión, y la obediencia es la práctica más espiritual del sacrificio.

10. Felices efectos de la obediencia: libertad y seguridad.—Por lo contrario, las bendiciones de Dios son tanto más abundantes cuanto que más desinteresado se el sacrificio. Gran generosidad en el hombre provoca gran liberalidad de parte de Dios. Lo que aquellos que no conocen la obediencia consideran como pérdida enorme, es el mejor provecho que puede obtener el hombre. Si la obediencia es una especie de martirio, tanto por los dolores que hace sufrir, como por la fuerza que exige, ⁽³⁾ participa de su recompensa.

Por consiguiente, la promesa del Salvador: «El que pierde su vida por mi causa, la volverá á encontrar», ⁽⁴⁾ se aplica también á ella.

(1) Gregor. Magn., *Mor.*, 25, 16.—(2) Odo Cluniac., *Collat.*, 2, 28.

(3) Antioch., *Homil.* 39 (Migne, P. P. gr., 89, 1556 y sig.).

(4) Matth., X, 39. Luc., IX, 24. Ioan., XII, 25.

Pero esta vida le será devuelta en mejores condiciones de lo que él la ha dado. La ha dado en una obediencia medio libre, pero le será devuelta con gran espontaneidad y transfigurada.

Triste prueba es de que el mundo comprenda esto con tanta dificultad, porque indica que conoce muy poco la verdadera libertad; más ello no modifica el hecho de que la obediencia es la raíz de la verdadera libertad.

Con suma frecuencia vemos que no hay gentes menos libres que las que están habituadas á no hacer más que su propia voluntad. Mientras son capaces de resistir á los consejos y á la voluntad de otro, es esto todavía pasable; pero, abandonados á sí mismos, no saben ya como conducirse. Conviértense en objeto de burla para sus sirvientes, y en presa de cualquiera suficientemente astuto para sacar partido de su situación. Contemplad esos sabios que dan el tono en sus especialidades, esos maestros que no saben mas que censurar y castigar, esos funcionarios que son semidioses en las pequeñas ciudades ó en las regiones que administran, esos ricos que no pueden quitarse un zapato sin ayuda ajena. ¡Qué seres tan dignos de piedad por la sujeción en que se encuentran! Ó bien se convierten en esclavos de su fantasía, de sus caprichos, de sus ilusiones, ó bien son pedantes que no pueden ya abandonar sus hábitos, como el niño en los pañales en que se le ha enfardado.

Lo mismo ocurre en la vida espiritual. La libertad del espíritu es cosa que ni siquiera comprende el que está habituado á buscar á Dios según su fantasía. Ordinariamente, esas pobres gentes se encierran en una coraza de mortificaciones y de prácticas casi insoportables; y tan pronto como la justicia ó la caridad les obligan á salir de su género especial de vida, pierden la cabeza y la paz del corazón, si no es que pierden á Dios mismo.

¡Cuán distintos son aquellos que han aprendido en la escuela de la obediencia á no permanecer confinados en sus estrechas miras, y á seguir inspiraciones distintas de las

suyas propias! ¡Cuán inventivos son y amplios de espíritus! En una palabra, ¡cuán libres son! ⁽¹⁾

Al trazarles una regla fija de conducta, les ha enseñado la obediencia á no convertirse en juguete de sus propios caprichos y fantasías, por un lado, y, por otro, les ha hecho imposible la adhesión exclusiva á sus propias miras, y los ha puesto en seguridad contra toda subordinación á prácticas y hábitos externos. Sí, á la edad que otros hace ya mucho tiempo que están secos y osificados, conservan ellos la movilidad de la juventud para familiarizarse con cosas ajenas, la aptitud para desempeñar las más diversas funciones, la capacidad para continuar su instrucción y mejorarse; en una palabra, si todavía pueden progresar, á la obediencia se lo deben.

Pero también en la vida pública aparece la capacidad de obedecer como un verdadero beneficio para un pueblo.

¡Qué desgracia para un país, si le falta la dirección sólida y la obediencia! Desde que el pueblo francés ha rechazado toda autoridad, consume sus dones grandiosos en todas las tentativas imaginables para conquistar una situación satisfactoria y que responda á sus facultades. Pero no logra más que aumentar en él la inquietud que lo enerva, la incertidumbre que lo paraliza y la esclavitud que lo pone á disposición de algunos detentadores del poder.

El mismo fenómeno hace ya mucho tiempo que se nota en el dominio espiritual, en el que se vive según el principio de que la sumisión á un poder visible es un obstáculo á la vida de la inteligencia y á la vida del alma. Si encuentra esto su aplicación en el terreno del dogma,—y basta citar el protestantismo moderno—con mayor razón lo encontramos en el de la mística.

¡Qué pena tan grande ver, que tantas almas nobles y llenas de buena voluntad buscan la muerte en ese abismo! Con su amor á lo serio y fundamental, ¡cuán seguramente llegarían á puerto, si tuviesen la dicha de pasar por una escuela severa!

(1) Nieremberg, *Doctr. ascet.*, 5, 1, 3. Rodríguez, 3, 2, 5.

Aquí es donde vemos los beneficios de la disciplina con relación á la fe, á la vida y á la formación del carácter.

Sin ella, ¿en qué se hubieran convertido frecuentemente nuestros santos, con el ardor, la energía y los esfuerzos gigantescos de que han dado pruebas?

¡Qué error creer que sólo los débiles tienen necesidad de firme dirección! Ciertamente que les es necesaria, pero los fuertes y los audaces tienen todavía de ella más urgente necesidad. ⁽¹⁾

Por consiguiente, prueba es de gran sabiduría por parte de Dios encadenar precisamente á aquellos á quienes ha concedido los mayores dones y el más ardiente celo con los lazos de una dirección severa, y á veces un tanto miope en concepto de ellos.

Lo que ellos y los otros miran como un obstáculo, es precisamente un inmenso beneficio para ellos.

Cosa cierta es que nadie teme más necesidad de moderación y de comedimiento como los que poseen grandes dones. Si no quieren excederse, deben poner un freno á su celo natural y domar la impetuosidad de su corazón. ⁽²⁾

La calma, la modestia, la moderación, aun en los esfuerzos para llegar á la virtud y á la devoción, deben ser recomendados con insistencia, especialmente á aquellos que aspiran con todas sus fuerzas á la verdadera perfección. ⁽³⁾

Ahora bien, como es esto lo que hay de más difícil para aquél que procura alcanzar los fines más elevados, Dios mismo viene en su auxilio; y lo hace, ora con violentas luchas interiores, ora suscitándole obstáculos externos.

Entre estos últimos el más rudo, pero también el más provechoso, consiste en verse colocado entre las manos de un director falto de experiencia ó violento, que no le comprende, y que con frecuencia le maltrata y le humilla sin cesar.

(1) Lud. a Ponte, *Dux spirit.*, 4, 2, 2. Schram, *Myst.*, § 331.

(2) Surin, *Catéch. spirit.*, I, 1, 4, § 2, 2; 9, 5; 16, 6. Lombez, *Paix intérieure*, 2, 2, 3; 3, 4, 6; 4, 8.

(3) Lombez, *Paix intérieure*, 4, 1, 4.

Por penosa que sea esta situación, no deja de ser muy útil, si se soporta con paciencia y humildad. Porque, sin límites estrechos, los que marchan por estas vías elevadas caerían en singularidades y extravagancias, y acabarían por sumergirse en los precipicios que los rodean. Purifica Dios así, en la hornada de la prueba, á sus elegidos de la adhesión que tienen á sí mismos y á sus propias opiniones, lo que, en ellos, perjudica en gran manera el honor de Dios, les preserva de volcar, del desorden y de la indisciplina, con lo cual muchas almas nobles degeneran en verdaderas caricaturas, ⁽¹⁾ y les obliga á desprenderse de toda intención humana, de toda precipitación y debilidad, de todo lo que perjudica tan fácilmente la obra de Dios. Y con esto se convierten la paciencia y la constancia en fortaleza ⁽²⁾ y crece la fuerza interior y se prepara para las grandes acciones heroicas, impidiendo precisamente que el retraimiento prive á los elegidos de consumirse en futilidades inútiles, las cuales sólo sirven para despertar el amor propio, y no son de ninguna utilidad para las altas intenciones de Dios. Lejos de que la dirección de la almas retenga al hombre artificialmente, como cree el americanismo, en el grado de pasividad, de dependencia, en una palabra, en la infancia, es, por lo contrario, la escuela de la verdadera fortaleza, de la acción razonada, de la sólida piedad, en una palabra, del carácter cristiano natural y completo.

(1) La dirección de las almas casi es el único medio para privar de aquella ordinaria indisciplina con la cual los principiantes en la vida espiritual quieren ejercer las prácticas más difíciles de la más alta perfección, y con la cual los que, por el contrario, han pasado la vida entera en el ejercicio de la piedad, nunca han pensado en practicar los ejercicios de los principiantes, es decir, la vida purgativa (Cf. Weiss, *Die Kunst zu leben* (3), 217, (5), 240). En verdad que el director debe conocer las vías espirituales y mantener seriamente la dirección. (Cf. Hieron. von Seedorf, *Die Wahre und die falsche Ascese*, 244 y sig.)

(2) Con gran exactitud dice Gombault (*L'imagination et les états préternaturels*, 290) que la ascética justamente ejercida en unión con la seria dirección (abstracción hecha de las pruebas difíciles que Dios manda), es la mejor escuela para fortalecer la voluntad, y por ello el más seguro remedio contra el histerismo, el cual consiste principalmente en el abandono y paralización de la voluntad. Cf. Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, (2), 385.

Con frecuencia se dirige á los directores de almas el reproche de que convierten en estúpidos á los que á ellos se confían.

Puede ocurrir á veces que una dirección falsa introduzca la turbación en ciertas almas. Lo admitimos de buen grado. Pero que se admita también que, para un alma que yerra el camino, se descarrían á centenares, si no tienen la dicha de encontrar una mano fuerte que las dirija.

¡Cuántas personas sin educación, sin formación, excéntricas, escrupulosas, insoportables, que no parecían tener otro objeto que amargarse á sí mismas y amargar á otros la vida, y hacer odiosa la piedad; cuántas personas bien dotadas que estaban en el camino más propicio para caer en la mentira, en el farisaísmo, en el ilusionismo, en el iluminismo, cuántos amenazados de perder su alma, se han mejorado, sanado y santificado, poniéndose bajo la disciplina y obediencia de un severo director! ⁽¹⁾

Sí, la dirección de las almas impide, en los individuos, en las familias y en el mundo, mayor cantidad de males de lo que creen los que la censuran. Si el mundo conociese sus ventajas, se apresuraría á habituar á los niños á sus beneficios. Entonces constituirían los adultos una generación de hombres completos. Y, en este caso, ¿no se hallarían mejor?

11. En donde falta la obediencia, falta Jesucristo.—El que conozca á los hombres, confesará que, considerada desde el punto de vista puramente humano, esta idea de la dirección es de la más alta psicología.

Pero, desde el punto de vista sobrenatural y cristiano, tiene todavía mayor importancia.

Si el hombre sin dirección es impotente para encontrarse á sí mismo, lo es todavía más para hallar á Dios y á su Cristo, fuente de toda salud.

Podemos tratar brevemente este punto, porque también lo trata con brevedad, aunque con mucha claridad el mis-

(1) Cf. L. Lallemand, *Doctrine spirituelle, princ.* 4, ch. 1, a. 3.

mo Verbo de Dios: «Nadie va al Padre, sino por mí» ⁽¹⁾ —dice.—Pero ¿cómo vamos nosotros al Cristo? El mismo nos da la respuesta: «En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviare, á mí me recibe; y quien á mí me recibe, recibe á Aquél que me ha enviado». ⁽²⁾

Todo depende, pues, de saber quién es el que Él ha enviado. Ciertamente, no es esto difícil de descubrir. Ha enviado á todos aquellos á quienes se aplican estas palabras: «Como mi Padre me envió, así os envío también á vosotros». ⁽³⁾ «El que os escucha á vosotros, me escucha á mí; y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia. Y quien á mí me desprecia, desprecia á Aquél que me ha enviado». ⁽⁴⁾

Para llegar á Dios, no hay, pues, otra vía que Jesucristo, y para llegar á Jesucristo, no hay, pues, otra vía que la indicada por aquéllos que Él ha enviado.

Preferiría el hombre que Dios descendiese directamente á él; y preferiría abrirse por sí mismo su camino hasta Jesucristo. Pero debe bastarle poder obtener el inmerecido favor de hallar acceso cerca del trono del Altísimo por mediación de aquéllos á quienes Dios ha encargado esta empresa.

El Señor no desciende sobre ninguno de ellos en forma visible, y si bien lo hace alguna vez por casualidad, sólo es cuestión de un momento, y sobre los hombres que ordinariamente son sus mandatarios. Mostróse á Saulo justamente el tiempo necesario para permitir que éste le dijera: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Y el Señor le respondió: «Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer». ⁽⁵⁾ Pero no fué Dios quien le dijo esto, sino que se lo hizo decir por boca de un hombre.

Tal es la regla general seguida en el reino de Dios. De ordinario, en la escuela de los hombres es donde se aprenden las enseñanzas del Señor. ⁽⁶⁾ Sin duda que á veces

(1) Ioan., XIV, 6.—(2) Ioan., XIII, 20. Matth., X, 40.

(3) Ioan., XX, 21; XVII, 18.—(4) Luc., X, 16.

(5) Act. Ap., IX, 7.—(6) Augustin., *Ep.* 193, 4, 13.